

Violencia adolescente

BERNABÉ SARABIA

En la magnífica “Vida” de Alonso de Contreras, autobiografía de un soldado español del Siglo de Oro que tanto entusiasmará a Ortega y Gasset o a Ernst Jünger, el lector asiste aterrado a la muerte de un compañero de clase por parte de quien, años más tarde, ya en el siglo XVII fue el famoso capitán Contreras. A la salida de clase, en la madrileña plazuela de la Concepción Jerónima, a raíz de una disputa escolar, Contreras se enzarza en una pelea con un compañero de clase de su edad, 14 años, y con el “cuchillejo” que utilizaban los mozuelos de la época para afilar las plumas de ave con las que se ejercitaban en caligrafía, hiere de muerte al muchacho. Siempre ha existido violencia de y en niños y

jóvenes; sin embargo, en esta época crepuscular adquiere tintes cada vez más sombríos. Examinemos algunos hechos.

El pasado 22 de mayo, como ha informado la prensa mundial, un adolescente de 15 años disparó contra sus compañeros del instituto de Springfield (Oregón), matando a uno de ellos e hiriendo a veinticinco. Antes de salir de su hogar, asesinó a sus padres. Esta es la séptima matanza que se produce en un instituto de enseñanza media de Estados Unidos desde febrero de 1997. Dieciséis personas han muerto y cincuenta y dos han resultado heridas en circunstancias semejantes. En octubre de 1997 un adolescente de dieciséis años mató a su

padre y a dos compañeros en Pearl (Mississippi). Días después la policía detuvo a otros seis alumnos acusados de participar en una secta satánica e incitar a su amigo a cometer los crímenes. El 24 de abril, en Edinbora (Pennsylvania) un joven de 14 años mató a un profesor durante el baile de graduación.

El último proyecto del gobierno laborista de Toni Blair destinado a solucionar el problema cada vez más grave de la delincuencia infantil y juvenil en el Reino Unido consiste en una prisión de máxima seguridad para “criminales peligrosos reincidentes” de edades comprendidas entre 12 y 14 años. Si bien es cierto que se trata de un proyecto en el que se insiste en buscar la rehabilitación y que esta cárcel, la primera de una serie de cinco, inaugurada el pasado mes de abril, se ha construido en ladrillo rojo con aspecto de colegio mayor y dispuesta para albergar únicamente a 40 adolescentes, estamos ante un hecho nuevo en Europa: una prisión infantil-juvenil. En el continente esta violencia a manos de casi niños no presenta una situación más esperanzadora. Dos diputados socialistas franceses a los que el primer ministro, Lionel Jospin, encargó un informe sobre el problema de la violencia entre la juventud gala, han recomendado acudir a un artículo, votado en 1945, que permite la encarcelación de padres que se desentiendan de las actividades criminales de sus hijos. La pretensión de reactivar un artículo en desuso del Código Penal, pensado a la medida de otras situaciones como la incitación al alcohol, a la mendicidad o a la prostitución por parte de padres desaprensivos, no es más que reconocer la falta de ideas, de soluciones ante unos hechos cada vez más graves. En el último año en Francia, un 30 por ciento de los robos han sido cometidos por menores, al igual que el 50 por ciento de los actos vandálicos tales como la quema o destrozo de mobiliario urbano o de otros bienes comunes. Del total de delitos cometidos en Francia, uno de cada cinco es obra de un menor

de 18 años. El 6 por ciento de los asesinatos es obra de menores, y el 22 por ciento de violaciones de que son víctimas quienes tienen menos de 18 años son también obra de otros menores. En España los datos no son tan alarmantes; sin embargo, el vector que marca el incremento de la violencia infantil y juvenil tiende a aumentar. La Audiencia de Barcelona condenó el pasado 20 de abril a Ángel B. S. de 17 años y a José S. M. de 16 a un total de 19 años de cárcel para cada uno por robar, humillar y abusar sexualmente de tres escolares —dos chicos de 14 años y uno de 15— de los que se apoderaron con engaños y amenazas a las seis de la tarde, a la salida del colegio cuando caminaban hacia sus domicilios en el tranquilo barrio barcelonés de Gràcia. A punta de navaja y a golpes de puño, abusaron de ellos con un grado brutal de perversión y con una sofisticación en la maldad impropia de su edad. En ese mismo mes, un joven de 18 años acuchilló a un menor de 16, sin motivo de consideración, a la salida del pub Zig Zag en Getafe. La peculiaridad española no reside en este tipo de criminalidad que, aunque en aumento, no ha alcanzado todavía niveles ingleses o franceses. El rasgo español más específico reside en el tipo de violencia que en el País Vasco practican los miembros de Herri Batasuna, jóvenes que en un buen número están en edad escolar. Las juventudes de Jarrai, cantera de HB y ETA, nacieron hace casi 20 años como juventudes de la Coordinadora Abertzale Socialista (KAS), y más tarde se autodenominaron Jarrai. Esta organización agrupa a cientos de simpatizantes de HB y de ETA que se inician en una militancia política muy cohesionada e ideologizada, con una estructura de cuadros, cerrada y dogmática, que no tolera pensamiento o comportamiento desacorde con la rigidez y jerarquización del grupo. Jarrai ha sido la organización que ha impulsado la violencia callejera en el País Vasco implicando a sus miembros y adolescentes simpatizantes en los centenares de ataques y agresiones criminales que se registran

muchos fines de semana en distintas poblaciones de las comunidades autónomas vasca y navarra. El “modelo Jarrai” está siendo imitado por grupos que, al socaire de distintas concentraciones como las que se producen tras ciertos eventos deportivos o las que se desarrollan en torno a capas marginales de jóvenes como son “okupas”, neonazis o cabezas rapadas, hacen de la violencia contra las cosas o las personas un rito, unas señas de identidad, una razón de ser que por el camino que van pueden desbordarse en acciones criminales teñidas de sangre. Si el “modelo Jarrai” se mezcla con alcohol y droga puede convertirse en un cóctel demoledor. Conviene recordar que, según el estudio “Consumo de drogas y factores asociados en el municipio de Madrid” elaborado por Edis por encargo municipal y presentado en abril, cada fin de semana el 28 por ciento de los menores de edades comprendidas entre 14 y 18 años bebe de forma abusiva —más de 75 mililitros de alcohol puro para hombres y más de 51 para mujeres—. El exceso alcohólico en fiestas y fines de semana en el que incurrirán más de un 25 por ciento de los escolares es más frecuente entre las chicas que entre los chicos. El alcohol es la droga con la que se empieza a tener contacto con edades más tempranas (12,9 años) y está siempre presente en las politoxicomanías.

Las explicaciones dadas por los científicos sociales a la creciente violencia infantil y juvenil son muy variadas —habrá que ocuparse de ellas en otra ocasión— pero, en todo caso, lo que no puede obviarse porque está en la base del problema es el fracaso de la escuela. La crisis de autoridad en las aulas es hoy un fenómeno común, en mayor o menor medida según los casos, a todos los países. Hoy es imposible ocultar la alarma por la degradación del clima de trabajo en la enseñanza media. Los profesores han perdido, empujados por psicólogos y pedagogos de biblioteca, autoridades administrativas incompetentes y, en definitiva, por la sociedad en su conjunto, el

prestigio que tenían. El primer problema de un profesor de colegio es hoy el creciente clima de indisciplina. Los datos de distintos estudios como el de la Fundación Encuentro, “Familia y Escuela: dos mundos que no se encuentran”, coinciden en que un porcentaje abrumador de docentes se sienten desarmados, indefensos y desamparados ante los actos de indisciplina de los alumnos. Es prácticamente imposible expulsar a un alumno: cinco días sin clase es la sanción máxima para quien ha pegado al profesor. Lo único que ha soportado el paso del tiempo en las escuelas es la escasa paga de sus profesores. Por desgracia, a los niños y jóvenes no se les enseña ni la educación de la cortesía ni de la voluntad, no se les ha dicho nunca que no de modo tajante y, en cambio, se les ha inculcado que cualquier aprendizaje es posible a través del juego o la diversión. El único instrumento que les queda intacto a los profesores actuales es la amenidad: a toda costa tienen que ser divertidos, y eso, en algunas materias, es prácticamente imposible; de ese modo, el profesor tiene que transformarse, obligado por las circunstancias, en una especie de payaso, una marioneta de su propia impotencia y de las circunstancias. En una cultura en la que todo ha de ser divertido, en la que como dice la reflexión postmoderna todo es fragmentario, y en la que el zapping televisivo es la gran metáfora, el profesorado se ha convertido en el colectivo de trabajadores que registra más bajas médicas de origen psiquiátrico (depresión, ansiedad y estrés). En este ambiente de calidad ínfima, muchos institutos han tenido que recurrir para asegurar su protección a vigilantes jurados. El pasado 20 de febrero, en Torremolinos (Málaga), un alumno de Formación Profesional discrepó con su profesor por la nota de un ejercicio y su primer propósito fue golpearle con un martillo, herramienta que formaba parte del material escolar de la clase. Al impedir sus compañeros que cogiera el martillo, utilizó un tablón de madera para atacar al profesor. Los agentes, instituciones o grupos que velan el desarrollo de

los niños atraviesan distintas dificultades. La familia se transforma, el cristianismo pierde capacidad normativa, la televisión insufla agresividad, Internet es para muchos adolescentes, en casa, de pornografía, y una práctica de la mentira en las conversaciones — como chats— que se mantienen de un extremo a otro. Parece como si el gran regulador de la vida futura de los adolescentes fuera únicamente el mercado. Ahora es más necesario que nunca cuidar la escuela.